

...compartir á la memoria los hechos de la vida de esta gran mujer... el alma de esta gran mujer... la memoria de esta gran mujer... la memoria de esta gran mujer...



LUCILA DESMOULINS.

De natural gracioso, travieso é ingénuo, creyó Lucila poder jugar, como quien dice, con la revolucion, y, cual moza atolondrada y ligera, inquietar á ese mónstruo gigantesco cuyos abrazos ahogaban.—Nació en Paris, en 1771, y fué hija de un antiguo empleado en rentas y de una muger que era de las mas hermosas de aquel tiempo, cuyas facciones adquirieron con la edad un carácter noble é imponente; con este motivo sus hijos la llamaban *mamá Melpomene*. En el diario de la corte y la ciudad, tambien llamado *le Petit Gouther*, número del 1.º de 1791, se publicó que esta señora habia tenido amores con el abate Terray, ex-ministro de hacienda, y que Lucila era hija suya (1). Mas desmintióse enérgicamente esta especie, como puede verse en la *Correspondencia inédita* de Camilo Desmoulins, pág. 103. Fué Lucila muy bien educada, y era aun muy niña que ya sabia perfectamente de música. Quiso la suerte, cuando aun Lucila no tenia mas que doce años, que paseando con su madre, como solian hacerlo muchas tardes, en el jardin del Luxemburgo, se encontrasen con un jóven de aspecto bastante humilde, que cuando mas tenia trazas de estudiante, y que efectiva-

(1) Véase la nota del final.

mente acababa de obtener el diploma de maestro en artes y pretendia el de bachiller en derecho. Primero le atrajo la hermosura de la madre; y luego, con algunos cumplidos de costumbre por su parte, y la frecuencia con que se vieron, principiaron á entrar en relaciones. Aunque el jóven tartamudeaba un poco, no por esto dejó de agradar por su amabilidad y viveza de genio, y así insensiblemente se formó la amistad. La conformidad entre él y aquellas señoras en ciertas ideas que á la sazón empezaban á fermentar, las que Camilo Desmoulins (pues era él) espresaba con calor no obstante el leve defecto que acabamos de mencionar, completaron la intimidad, y en consecuencia se le dió entrada en la casa. Aun no habia manifestado sus sentimientos, si no es en los términos usuales de galanteo, y ni él mismo los distinguía sino confusamente, ó mas bien, pronto notó que su inclinacion se iba desviando del primer objeto para concentrarse enteramente en la tierna Lucila, cuyas nacientes gracias, natural vivo y alegre y agradables prendas intelectuales le cautivaron el corazón. Ya no vió mas que á su querida Lucila, y desde entonces puso en juego todas las facultades de su entendimiento y alma para inspirarle igual amor al que él le tenia. No fué insensible Lucila, segun se desprende de una carta que posteriormente escribió su padre al de Camilo, que decia: «Mi hija ha encontrado para con su hijo de Vd. una inclinacion igual á la suya.» Y en esta carta escrita por Camilo á su muger, hallándose preso en Luxemburgo, dice: «Quiere el destino que vuelva mi vista á fijarse en el jardín donde te seguí por espacio de ocho años; pues descubrí un rincón del Luxemburgo que me renueva un sin fin de recuerdos de *nuestros amores*.» (1) Ya asomaba Lucila á la edad en que el sentimiento que suele penetrar en el corazón de una jóven empieza á causarle suave inquietud y se refleja de mil modos distintos en sueños nocturnos. Tuvo uno sumamente halagueño que quiso describir su pluma infantil con tal candidez que ni sospechas deja de que conociere ni su cau-

(1) *Correspondencia*, páginas 97 y 214.

sa ni el efecto. Este manuscrito se halla actualmente á nuestra vista, y nos parece ha de interesar á nuestros lectores su copia que es la siguiente: «En una noche de verano, hallábame rendida de calor, y me iba como arrastrando del sotillo á casa, sin poderme apenas sostener, teniendo que reclinar-me á cada paso en los árboles, y llegué por fin hasta mi piano. Como estaba enteramente á oscuras, busqué á tientas el teclado, y me dije, voy á tocar alguna cosa muy alegre; pero por mas que moviese velozmente los dedos, no salian de mi piano mas que sonidos apagados y dolientes, y me abandoné á aquella suave melancolía; oyóse un trueno sordo y lejano que aun aumentó la lobreguez de los sonidos que yo producía con las teclas. De vez en cuando quedaba el cielo abrasado. Finalmente, rendida de sueño, me quedé dormida con los dedos sobre el piano. Dormí mucho tiempo, y tuve muchos sueños. Ah! que sueños tan deliciosos! Soñaba que veía á mis pies una lluvia de flores; ví tambien á mis pies formarse una nube; sentí que la nube me levantaba, y me elevó muy alto, mucho mas alto que no puede figurarse la imaginacion. ¡Qué feliz me hallaba yo acostada en una nube! ¡Oh que placer! ví la morada del Eterno. No ví allá lo que habia oido decir, ni oro, ni rubíes, ni diamantes; nada habia de cuanto el hombre codicia sobre la tierra y espera hallar un día en el cielo. Ví un espejo, (doy este nombre á lo que he visto, pues ignoro como se llama) que era de color azul celeste; representaba cosas que yo no puedo esplicar, porque son absolutamente distintas de todo lo que vemos; pero yo era feliz contemplando lo que se me presentaba á la vista. Me acerqué, toqué aquel espejo, y esperímenté una sensacion que me era desconocida; parecíame que mi alma se exalaba y creí que iba á separarse de mí. ¡Oh momento lleno de placer, cuan poco has durado! desperté en el instante en que era tan venturosa! y en vez de nube, me hallé con la cabeza sobre el piano, y la lluvia y los relámpagos duraban todavía.» (15 de julio de 1788.)

Empero Camilo carecia absolutamente de fortuna, y Lucila era rica. Siguió los estudios en el colegio de Luis el Grande en clase de pensionado, cual Robespierre, y hasta el 3 de

marzo de 1785 no obtuvo el grado de licenciado, prestando juramento de abogado en el parlamento de Paris á 7 del mismo mes. Mas con un alma tan poco sórdida como la suya, con una ingenuidad como él tenia, cualquiera que fuese su talento, no podia ser para él muy lucrativo aquel estado. De ahí es que su amor fué sin esperanzas, y no hizo mas que vegetar hasta el año de 89, en que tuvo lugar la apertura de los Estados Generales. Apareció entonces para él un nuevo horizonte: creyó que la política le presentara una arena donde pudiera adquirir mas lauros que en el foro, y lanzóse á ella con cuerpo y alma, enteramente inflamado de patriotismo y amor. Propagó infinidad de folletos, que luego llamaron la atención por la vivacidad del estilo y una locuacidad llena de sal y malicia. Frecuentó el jardín del Palacio Real, que era el punto de reunion de los patriotas mas exaltados, y allí fué donde en 12 de julio dirigió al pueblo la corta y célebre arenga que dió el primer impulso á la revolucion. En cuanto se difundió la noticia de que el rey, á mas de seguir resistiéndose á las representaciones de la asamblea constituyente, en que se le instaba que alejase los ejércitos de estrangeros, la artillería y el siniestro aparato con que al parecer amenazaba á la capital, acababa de destituir al ministro Necker por las representaciones que le habia hecho en igual sentido, sube Camilo sobre una mesa, y esclama: «Ciudadanos, no hay que perder un instante, acabo de llegar de Versalles, Necker ya no es ministro; su destitucion es el rebato para una San Bartolomé de patriotas. Está noche todos los batallones suizos y alemanes se pondrán en marcha para pasarnos á deguello; ya no tenemos mas recurso que correr á las armas y ponernos una escarapela para conocernos.» En medio de mil estrepitosos aplausos, saca un par de pistolas y grita: «El que sea buen ciudadano, que me siga.» Baja de la mesa, ahogado por los abrazos; unos le aprietan á su corazon, otros le bañan con sus lágrimas, y él les dice: «Para señal de reunion cada cual debe colocarse, como yo, una hoja de árbol en el sombrero á modo de escarapela (1).» Instantáneamente que-

(1) Aquella escarapela, dijo despues Mirabeau, debia dar la vuelta al mundo.

dan los árboles deshojados, todos gritan á las armas, y Camilo marcha al frente. En cada hora se aumenta y fortalece el movimiento, y á los dos dias ya fué tomada la Bastilla.

Sostenido ya por inmensa popularidad, creó entonces Camilo Desmoulin el satírico *Diario de las Revoluciones de Francia y de Brabante*, que tuvo extraordinaria aceptación, por cuyo medio le proporcionó su pluma una carrera bastante lucrosa. Gloria, fortuna, todo fué á ponerlo á los pies de su adorada Lucila, cuya voluntad habia sabido cautivar, y sus padres le otorgaron su mano. Camilo escribió á su padre este interesante episodio de su vida en estos términos: «Hoy 11 de diciembre me veo por fin al colmo de mis deseos. Muy tardía para mí fué la dicha, pero ha llegado por fin, y soy tan feliz como es dado serlo sobre la tierra. Esa Lucila encantadora, de quien tanto le he hablado á Vd., y á quien amo hace ya ocho años, me la conceden sus padres al fin, y ella no me desdeña. No ha mucho que su madre ha venido á darme esta noticia con lágrimas de placer. Hasta ahora se habia opuesto á mi felicidad la desigualdad de fortuna, pues M. Duplessin posee veinte mil libras de renta: este se habia deslumbrado con los brillantes partidos que le proponian; desechó un pretendiente que le traía cien mil francos, y Lucila que ya habia despreciado veinte y cinco mil libras de renta, poco ha tenido que hacer para darle pasaporte. La conocerá Vd. mejor solo con el rasgo siguiente. Cuando ahora pecco me la cedió su madre, me acompañó al cuarto de Lucila, y yo me arrojé á sus pies; admirado de oirla reir, levanté los ojos, y ví que los suyos no estaban en mejor estado que los míos, pues se hallaban arrasados de lágrimas, y hasta las vertia copiosamente, y con todo eso aun reía. Jamas he visto escena tan interesante, y no hubiéramos creído que la naturaleza y la sensibilidad pudiesen llegar á reunir hasta tal punto aquellos contrastes....» Mas abajo manifestóse cual avaro que quiere esconder su tesoro y apartarlo de la vista de todos, á fin de que la envidia no pueda alcanzarlo. «Por Dios, no vaya Vd. ahora á ponderar todo esto de un modo extraño, añade; debemos ser modestos en la prosperidad.... no sea que con estas nuevas concite Vd. el odio de los que nos tienen envidia.

Encierre Vd. el gozo, como yo hago, dentro del corazón, ó cuando mas espláyese Vd. en el seno de mi querida madre, hermana y hermanos. Ahora me hallo en estado de poder socorrer á Vd., lo que constituye la parte principal de mi satisfacción (1).»

Poco despues se celebró la ceremonia, la que igualmente copiaremos de la descripción que de ella hizo á su padre el mismo Camilo. «Por fin me desposé con Lucila el miércoles 29 de diciembre de 1790. Mi amado Berardier verificó la ceremonia en San Sulpicio (2), pronunció un interesante discurso, que tanto á Lucila como á mí nos hizo derramar cuantiosas lágrimas; y á mas de nosotros, todos los que teníamos al rededor estaban enternecidos y lloraban.... Muchísimos diarios han hablado de mi enlace: los patriotas se alegran, y los aristócratas rabian é injurian á la familia que me ha honrado con su alianza (3). Pero todos están acordes en confesar que mi esposa es de perfecta y admirable hermosura, y yo por mi parte le aseguro á Vd. que esta hermosura es el ínfimo mérito que tiene. Pocas son las mugeres que despues de haberse visto idolatradas sostengan la prueba del matrimonio; pero cuanto mas conozco á Lucila mas me veo en la necesidad de prosternarme á sus pies (4).»

Sirvieron de testigos en este casamiento Péthion, Robespierre, Sillery, Brissot y Mercier. En el discurso que el bueno del religioso pronunció á los esposos, cuyo manuscrito se nos ha comunicado, recomendó á su antiguo discípulo que en sus escritos respetase la religion, teniendo presente que sus primeros principios él se los habia inculcado, añadiendo: «Si hay algun presuntuoso que se lisongee de poder prescindir de ella en todas las desgracias inseparables de esta vida, seria un homicidio quitar este auxilio á tantos infelices que no tie-

(1) *Idem*, pág. 96.

(2) Berardier era director del colegio de Luis el Grande y habia sido su patrono, teniéndole Camilo tal veneracion, segun escribe madama Duplessis, madre de Lucila, que jamas se le acercaba sino con una rodilla en tierra para besarle la mano.

(3) Vide la nota del final.

(4) *Idem*, pág. 101 y siguientes.

nen mas recurso en sus penas que el consuelo que ella proporciona, ni mas esperanza que las recompensas que ella promete y asegura. Si no para Vd. mismo, lo hará Vd. para los demas: sí, Vd. respetará la religion en sus escritos; yo salgo garante de ello, y no dudo en comprometerme por vos al pie de los altares y ante el Dios que aquí reside. No, caballero, no me hará Vd. ser perjuro... No por esto será menos activo su patriotismo, antes bien será mas purificado, mas firme y mas verdadero; pues si la ley puede obligar á demostrarse ciudadano, la religion obliga á serlo.»

Máxima admirable en boca de un sacerdote de aquel tiempo. Bien merecia la veneracion que le profesaba Camilo Desmoulins. Era miembro de la asamblea constituyente, y conocido por decidido partidario de los nuevos principios.

Sin embargo, no tardó Camilo en hacer mofa del juramento que se le habia exigido, tratándole como argumento de un artículo en el núm. 50 de *las Revoluciones de Francia y de Brabante* del 21 de enero de 1791: «Acerca la declaración que acaba de hacer la asamblea nacional, se me pidió que no me mezclára en lo espiritual. Esto era sujetar algun tanto las opiniones religiosas y menoscabar la declaración de los derechos; pero, ¿como ha de ser? No habia yo ido allí para decir no. Del mismo modo me ví cogido y obligado mediante juramento á no tratar en mi periódico mas que de lo concerniente á la política y la democracia y suprimir el artículo teología. Sin embargo de que no he tratado de profundizar la cuestion, mucho dudo que este juramento accesorio al principal sea de tan estricta observacion como el otro. Antes de mucho tiempo me veré en estado de dar esta cuestion como orden del dia en mi consejo de conciencia.» Así, pues, se equivocan completamente, tanto M. Barbier como el autor de las noticias que preceden el *Vieux Cordelier*, edicion de Beaudoin, cuando dicen que fué M. de Pausemont, y no M. Berardier, quien dió á Camilo la bendicion nupcial; y en esto siguieron el error estampado en un folleto titulado *Historia de los sucesos ocurridos en la parroquia de san Sulpicio durante la revolucion.*

Este matrimonio fué un lazo tejido de flores, cual ha-

hía pronosticado el buen religioso. Lucila se mandaba leer el número del diario que redactaba su marido, en cuanto este acababa de escribirlo; y en los parages divertidos, soltaba sendas carcajadas y estremos que aun contribuían á animar el númen de Camilo. Algunas veces llegaba á enfadarlo, y á lo mejor de su trabajo, si á Lucila se le hacia pesado, le tocaba un baturrillo en el piano con las manos de su gatita, la cual tambien se enfadaba, y acababa por darle regañando algun buen arañazo. Hay una piececita en verso que compuso Lucila para su gata en la cual se queja de que la araña en *ut, re, mi, fa, sol*, cuando le lleva de este modo las manos sobre el teclado.

Freron visitaba con mucha frecuencia á Camilo y se trataban con la mayor familiaridad, teniendo asimismo grande amistad con su esposa, hasta el punto de querer que su hija llevase el nombre de Lucila y sus hijos el de Camilo. Solian pasar el verano en Bourg-la-Reine, en una casa de campo de madama Duplessis: y como Freron era muy amante de los conejos, Lucila con este motivo siempre le llamaba *Freron-Lapin* (Freron-Conejo), sin que semejantes chanzas ofendiesen á Camilo, quien por el contrario solia decir: «*Quiero á Conejo porque él quiere á Rouleau* (rodillo), que es el apodo que daba á su muger.

Encargado posteriormente Freron de una mision muy agena de esta suerte de juegos, pues tuvo que salir en calidad de comisionado para presidir el sitio de Tolon, cuya plaza habia sido entregada por traicion á los ingleses, escribió una carta á Lucila en que, olvidando por un momento las violentas atenciones que le abrumaban, describia los recuerdos cuyo embeleso aun le duraba en presencia de tantas emociones y bajo el fuego del cañon. «Este pobre Conejo, le decia, ha corrido muchas aventuras, huroneado en muchas madrigueras y recopilado largos cuentos para su vejez. Muchas veces ha sentido la falta del tomillo y el sérpil con que sus lindas manos de Vd. plácidamente le alimentaban en su jardin de *Bourg-de-l'Égalité*. — Por otra parte, no ha dejado dejado de cumplir debidamente su encargo esponiendo repetidas veces su vida para salvar la república, resuelto

como está á perecer sobre los muros de Tolon ó ganarlos por asalto. Y mientras iba buscando la gloria en pos de un hecho brillante, ¿sabe Vd. lo que le sostenia, y lo que siempre tenia presente? ante todo la patria, y luego á Vd. No ansiaba, ni ansia todavía mas que ser digno de ambas; en medio de las balas y bombas, de buena gana hubiéra dicho lo que aquel antiguo caballero: «¡Ah! si pudiera verme mi señora!» Le parecerá á Vd. muy romántico este Conejo, y verdaderamente lo es. Se acuerda de sus idilios de Vd., de sus sauces, de sus sepulcros y de sus largas carcajadas. Véla á Vd. trotar por su cuarto, correr por el estrado; sentarse un minuto en el piano, y horas enteras en la poltrona de meditar, donde da Vd. rienda suelta á la imaginacion; luego la vé á V. colar el café, escurrirse como un duende y renegar enseñando los dientes como un gato... Le doy á Vd. mil abrazos, precioso Rodillo, mas caro para mí que cuantos rodillos de oro pudieran ofrecerme; abrázola á Vd. en esperanzas y no me tendré por dichoso hasta que vuelva á verla. — ¿Me contestará Vd.? ¡*Eso no, Estanislao!*» (1).

No menguaba al entretanto el ardor republicano de Camilo, el cual con Danton habia fundado el club de los franciscanos (*Cordeliers*). Su jóven y hermosa muger, dice Prudhomme en la *Biografía universal de las Mugerres*, tomó mucho gusto por la revolucion, y en su casa se reunian el duque de Orleans y otros altos personages. Aceptó el regalo que le hicieron del busto de Lafayette, pues aun duraba el entusiasmo que por él tenian las mugeres, entusiasmo que subió al último punto á causa de la decision con que sostuvo la independencia americana.

Camilo prosiguió su diario como unos ocho ó nueve meses, llegando hasta el núm.º 86; á cuya sazón abandonó esta tarea y la carrera política disgustado por la supresion de la libertad de imprenta (setiembre de 1791) y por las infidelidades de los sugetos encargados de la distribucion, y resolvió volver á ejercer la abogacia como antes de la revolucion.

(1) *Idem*. pág. 180 y siguientes.

Tomó á su cargo una causa contra *Dandré en reparacion de calumnia hecha á la ciudad de Marsella* (1). En una carta que escribió á su padre en 3 de abril de 1792, confirma el proyecto que tenia formado diciendo: «He vuelto á mi primer oficio de legista, al cual dedico casi todo el tiempo que me dejan libre mis funciones municipales ó electorales y los jacobinos, esto es, muy pocos momentos. Me cuesta mucho trabajo reducirme ahora á defender causas urbanas despues de haber tratado intereses tan graves y la causa pública á la faz de la Europa. En mis manos ha estado la balanza de las grandezas, pues yo elevaba ó humillaba á los hombres mas distinguidos de la revolucion: aquel á quien humillé no me lo perdona, y por parte de los que ensalcé no hallo mas que ingratitud; pero por mas que hagan, el que tieae la balanza siempre se halla mas alto que el que es por él sostenido. He cometido una locura muy grande suspendiendo mi periódico, porque era una potencia con que hacia temblar á mis enemigos, quienes ya se me echan encima cobardemente, considerándome como el leon despues que Amarilis le hubo cortado las uñas (2).»

Para colmo de la felicidad de los jóvenes esposos, tuvieron un hijo á quien pusieron por nombre Horacio; y prevaleándose Camilo de la libertad de cultos, y de un decreto de la asamblea nacional en que se autoriza al padre para que pueda presentar sus hijos á la patria en un altar que á este fin se erigiéra en cada parroquia, se concretó á esta formalidad, para evitar, segun declara en el acta de nacimiento, que su hijo algun dia le echase en cara el haberle ligado mediante juramento á ciertas opiniones religiosas que él tal vez no tuviera y el haberle relacionado con el mundo por medio de una primera eleccion inconsecuente, entre novecientas y tantas religiones en que están divididos los hombres, y esto en ocasion en que ni siquiera podia ser capaz de conocer á su madre (3).

(1) *Idem*, pájinas 115 y 116.

(2) *Idem*, pág. 125.

(3) Vide el acta de nacimiento de Horacio, del 2 de julio de 1792, en la *Correspondencia*, pág. 126.

Esos dias tan sosegados pronto debian enturbiarse con nublados tempestuosos; Lucila parecia tener de ello algun oculto presentimiento, segun se deduce de una plegaria escrita de su mano que se halló entre los papeles de su madre, y en que manifiesta tener necesidad de esplayarse en el seno de la divinidad: «Ser de los seres, tu á quien adora la tierra, tu que eres mi única esperanza, si existes, recibe la ofrenda de un corazon que te ama, ilumina mi alma. Yo odio al mundo...? es esto un mal? ¿Porque permites que sea tan perverso?... ¡O Dios mio! ¿cuando volaré á unirme contigo? cuando me será dado levantar hácia tí mis párpados humedecidos? cuando me será dado contemplar tu gloria, prosternarme á tus pies y bañarlos con mis lágrimas? Llena enteramente de tí, en tí pienso sin cesar.... ¿Eres espíritu ó eres llama? Ah! muéstrese esa llama y que me consuma! ven conmigo; no me abandones jamas... yo te adoro sin comprenderte, y te invoco sin conocerte; estás en mi pecho, lo siento y no puedo formarme de tí una idea; tu eres el secreto de la naturaleza... La felicidad tras la cual suspiramos, ¿donde pudiéra hallarse?... No, no hay felicidad sobre la tierra; en vano corremos en su busca: no es mas que una quimera...»

¿Quién habia de pensar que esa reidora sempiterna de Lucila hubiese sido susceptible de semejante acceso de tristeza y melancolía? Ya veremos como sus funestas previsiones se realizaron con harta fatalidad.

En la noche del 10 de agosto de 1792 empezó á conocer que no sin terribles alarmas se va por la carrera de la libertad y se consigue de ella alguna sombra. Lucila tenia costumbre de llevar un pequeño diario de lo que le sucedia; y en aquella noche esperiméntó mortales inquietudes. «¿Que va á ser de nosotros, pobre Camilo de mi alma? Ya no me queda ni aliento para respirar.... Dios mio, si es cierto que existes, ¿porqué no has de salvar á unos hombres que son dignos de tí?... Queremos ser libres; ¿cuanto cuesta, Dios mio!... Regresé del campo en 8 de agosto, y hallé todos los ánimos sumamente agitados; el dia 9 tuve marseleses á comer, y nos divertimos bastante; despues de la comida fuimos todos á casa de M. Danton: la madre lloraba, á impulsos de la estraor-